

**El héroe de las Malvinas**  
**San Telmo – Buenos Aires**  
**1985**

*A Teresa V., el sol de Arica, y al señor Joaquín "Quino" Lavado, el héroe de los pibes de San Telmo, y del mundo entero.*

**Primera parte : 1985**

Mi padre es un héroe. Lo escribieron, bajo su foto, en el diario. Un gran diario, nacional. Lo lee incluso el señor Fabbri, él de los anteojos negros, que parece un ciego pero que no lo es, ya que puede leer el diario. Es un señor importante el señor Fabbri. Me lo dijo Antonio Calveyra, el hermano de Julián, mi mejor amigo. No me dijo por qué el señor Fabbri era un hombre importante. No hace falta. Un hombre que se pasa todas las mañanas leyendo el periódico y bebiendo café en la terraza del Federal *tiene* que ser importante. Sobre todo si lleva un traje tan negro como sus anteojos, y una corbata de seda roja. Lo veo cada mañana porque vivimos cerca del Federal, en el barrio de San Telmo. Así que cada vez que voy al colegio, lo veo. Sentado a la misma mesa, en la vereda, y leyendo el periódico. Con los anteojos negros puestos. No sé cómo puede leer así. Con anteojos negros. Pero lee el señor Fabbri. No se preocupa de la gente que pasa por la vereda. A veces Antonio Calveyra u otro chico tan atrevido le hacen muecas desde la vereda de enfrente, o tiran de la lengua, pero no les hace caso. Ni los ve. Lee su diario. Creo que lo lee de cabo a rabo, ya que cuando volvemos del colegio para almorzar, todavía está leyendo. Un hombre muy, pero muy importante, el señor Fabbri, si puede pasar sus días leyendo en la terraza del Federal.

Mi padre en cambio no lee mucho los diarios. Por lo menos en casa, ya que rara vez aparece uno en la mesa del salón. Mi padre tiene que ir a trabajar, y suele irse muy temprano. Trabaja en una oficina de la administración, pero no llegué a entender cual era. Las aduanas, algo así. Pero antes era militar mi padre. Con uniforme y todo. Capitán. Salió Mayor, creo, pero eso era después que le dieron la baja. Porque mi padre ya no es militar, ya no lleva uniforme. Porque ahora es un héroe. Un héroe de la guerra de las Malvinas. Lo escribieron en el diario, con su foto y todo. Con el uniforme la foto. Se notaba la medalla enorme en el pecho, una medalla con un lazo celeste y blanco, los colores de la bandera nacional. Claro que la historia la conozco perfectamente. En un operativo muy peligroso, muy cerca de las líneas inglesas, mi padre logró con tan sólo seis hombres tomar un punto estratégico, y él fue el único herido en el operativo, porque iba delante. Malamente herido, ya que le tuvieron que cortar el pie derecho y sustituirlo por una prótesis. Se quedó cojo mi padre, es por lo que no puede seguir en el ejército, y por eso es un

héroe. Quiero decir, no porque se quedó cojo y ya no puede seguir en el ejército, sino porque fue malamente herido. Lo que no me explico bien es porque al final perdieron la guerra los militares argentinos, teniendo soldados tan valientes y astutos. Será porque los ingleses no digirieron su derrota en el mundial y se pusieron más bravos todavía.

Hace un mes que es un héroe. Un día, se fueron él y mamá y me dejaron con Teresa. Pasé todo el día en casa de Teresa. Teresa vive al lado, y es mi nana. Ya es vieja, tiene cincuenta años, o algo más, no sé exactamente. Mis padres la conocen desde mucho tiempo, ya que cuando era chico, ya era la nana de mi papá. Supongo que era muy joven Teresa en la época. En la época no vivían en San Telmo, papá y Teresa. Es cuando se casó con mamá que vinieron a vivir en este departamento de San Telmo, y papá buscó otro departamento al lado para Teresa. Ella vive sola, su departamento es muy chico pero muy, muy limpio. Una cocina, un comedor, una habitación. Y los baños los comparten los inquilinos. Teresa es mi nana, y no lo es. Lo es sólo de vez en cuando, cuando mis padres necesitan dejarme solo lo que rara vez ocurre, ya que mi mamá no trabaja. En cambio, sí trabaja Teresa. En una tienda de frutas, en la calle Perú. Ese trabajo lo encontró también papá, para que Teresa pueda vivir acá al lado. Papá la quiere mucho a Teresa, y ella a él. Yo también la quiero mucho. Siempre paso por su tienda al volver del colegio, y me da una frutilla, o una manzana, o un durazno. Siempre. A mi solo. Por eso procuro ir solo a verla, porque si entro con compañeros, Teresa no da nada. No es la dueña de la tienda, Teresa.

Así que ese día me quedé con Teresa, en la tienda. La ayudé a atender a los clientes. De verdad: ponía las peras, o las zanahorias, o los zapallos, en las bolsas, decían un poco más, o un poco menos, y luego Teresa ponía las bolsas en la balanza, y los cobraba. Lo pasé de maravilla. Comimos choripanes<sup>1</sup> en la tienda misma, ya que no se cierra durante el día, y por la tarde pasaron Miguel y Guillermo a comprar papas y naranjas, y se murieron de envidia al verme trabajar en la tienda. Mis padres volvieron a buscarme a eso de las cinco por la tarde, y papá llevaba su medalla puesta. Lo festejamos juntos, acá mismo en la tienda, porque estaba el dueño y quiso brindar con papá y abrió una botella grande de cerveza. Teresa abrazó a papá, papá me abrazó a mí, el dueño abrazó a mamá, brindaron, a mí el dueño me ofreció toda una botella de Coca Cola, y al cabo de un rato la tienda ya estaba repleta de vecinos que vinieron a brindar también, y el dueño tuvo que abrir otras botellas. Al final toda una fiesta y más aún, ya que pasaron por la vereda Antonio y Julián, Paco Tavares, Lucio Carrillo y su hermana Catalina, Clara la rubia de mi clase, y su sobrino Pancho, el gigante de la quinta A. Y me vieron a mí, y

---

<sup>1</sup> Suerte de bocadillos de chorizo con salsa, ensalada, cebolla... que se comen calientes.

vieron a mi padre con la medalla, y los vasos llenos de cerveza, y los vecinos, y todo. O sea que al día siguiente, en el patio de recreo, yo era el hijo del héroe de las Malvinas, y todos querían jugar conmigo y me regalaban caramelos y me ofrecían canicas. Me sentía muy orgulloso de mi padre. El héroe de las Malvinas.

Así que hace un poco más de un mes. Que volvió mi padre con la medalla y todo. Que lo festejamos en la tienda de frutas y que mis compañeros me miraban como si fuera yo el héroe. Otros vecinos vinieron a casa a felicitar a mi padre, y hubo muchos otros brindis. Luego, cuando salíamos en la calle, vi como la gente del vecindario saludaba a mi padre, y en el Federal ya no pagaba su café matutino y acá también todo el mundo le saludaba con respeto. Todo el mundo menos el Señor Fabbri, quien seguía leyendo su periódico, ajeno a todo ese ambiente nuevo en el barrio, quizás incluso no se había enterado.

Pero en casa duró poco ese ambiente de alegría. Exactamente tres días, ni uno más. Recuerdo que era un martes. Volví del colegio, y encontré a mi mamá sentada en el sofá, viendo no sé qué programa en la tele. Me extrañó, porque nunca mamá miraba la televisión durante el día. Sólo las noches. Me acerqué para abrazarla, como siempre. Ni me miró. Peor aún: me apartó con una mano, como si la molestara para seguir viendo su programa. En la cocina tampoco había preparado nada para la merienda. Volví al salón, todavía estaba viendo la tele, pero esta vez vi como agarraba una botella de Fernet y se servía un vaso bastante grande y bastante lleno. Nunca había visto mamá bebiendo Fernet, aún menos así puro. Le pregunté por galletas y chocolate, y tuve que insistir dos veces para que me contestara en un tono muy irritado que me sirviese yo mismo, que sabía perfectamente dónde estaba toda esa porquería, y que la dejara en paz de una “puta vez”.

Lloré mucho esa tarde. No comí galletas ni bebí chocolate, sino que me fui a mi cuarto a llorar, y a esperar a mi padre.

El llegó como de costumbre, un poco antes de las siete, y los oí discutir en el salón. Me acerqué en el corredor, procurando no ser visto. Hablaba sobre todo mamá. Muy fuerte. Parecía muy enojada. Decía palabrotas. Mamá es una persona muy dulce, muy educada, muy linda. Pero esta vez no. Ya no lo era. Estaba muy enojada, y decía palabrotas a mi padre. El no contestaba, o sólo decía unas palabras de vez en cuando, para pedir que se calmara mamá, que el vecindario iba a oírla. Decía ella que le importaba un pepino que la oyeran los vecinos, que lo supieran todo. No llegué a entender qué era lo que los vecinos bien pudieran saber. Pero lo que bien entendí en cambio, es que tenía relación conmigo. Ya que mamá dijo: “No quiero saber más de este maldito niño”. El maldito niño no podía ser sino yo mismo. ¿Quién si no?

Eso terminó muy mal: papá abofeteó a mamá. Luego hubo un largo silencio, no podía verlos pero me pareció que seguían en el salón. No sabía lo que hacían. Volví a mi cuarto. Triste. Muy triste. Había hecho algo mal, muy mal. Pero no sabía qué. Tenía que ser muy grave, para que mamá ya no me quisiera. Y me tratara de maldito. Pero papá no parecía de acuerdo, ya que hasta la había abofeteado. Más tarde vino a buscarme Teresa, y me llevó a su departamento. Vino a buscarme dentro de mi cuarto, y al salir no pasamos por el salón, y no vi a mi madre. Sólo mi padre vino a despedirme. Me abrazó, y me dijo que no me tenía que preocupar. Que eso pasaría. Que tan sólo mamá estaba muy cansada, pero que pronto mejoraría. Yo tenía muchas preguntas, pero no me dejó hablar mi padre. Me abrazo otra vez, me empujó hacia Teresa y salimos ella y yo en seguida. Lloré mucho en sus brazos, los dos acurrucados en su sofá.

Teresa tampoco no me explicó nada ni contestó mis preguntas. Me dijo que no entendía mejor que yo lo que estaba pasando con mi mamá. No sé si creerla. Si algo grave hice, tiene que saberlo. Pero no sirve de nada que le pregunte. Cuando Teresa decide callarse, creo que incluso bajo la tortura no hablaría. Lo único que me está repitiendo, es que no hice nada mal. Entonces, ¿Por qué mamá ya no quiere verme?

Me quedé en casa de Teresa dos días. Pasó papá por las mañanas, y me llevó el mismo al colegio. Así dos veces. El miércoles y el jueves. Era muy, muy inhabitual, ya que solía yo ir solo al colegio. Bueno, más bien Julián venía a buscarme e íbamos juntos. Pero estas dos veces no. Mi padre vino a casa de Teresa y me llevó él mismo. O sea que tuvo que llegar más tarde a su trabajo. Sobre todo que, eso sí que era aún más inhabitual, nos paramos en El Federal a desayunar. Chocolate con medialunas. Mamá nunca sirve medialunas para desayunar. Sólo pan y galletitas. O sea que era como un día de fiesta. Pero no tenía ganas de festejar. Aunque me sentía muy orgulloso. Desayunar con mi papá, y en El Federal. Sentado en la barra, en medio de todos esos hombres que también desayunan en El Federal y leen el periódico. Viendo al señor Fabbri en la terraza, tomando su café y leyendo el diario.

Sin embargo volvía solo. Con Julián. Le dije que mi mamá estaba enferma, para justificar porque iba a la tienda de frutas de Teresa y no a mi casa. Por suerte, Teresa corroboró mis dichos, y más aún, le regaló una manzana a Julián. No quiero que sepan nada los demás de nuestros problemas de familia.

Ahora las cosas han retomado su caudal. Bueno, no exactamente. Como antes, me viene a buscar Julián, vamos juntos al colegio y juntos volvemos. El resto

es muy, pero muy distinto. Mamá ya no prepara el desayuno. Tampoco el almuerzo y la merienda. Nada. El desayuno me lo prepara papá. El almuerzo me lo prepara Teresa, y voy a comer en la tienda con ella. Luego vuelvo a casa. No estoy seguro, pero me parece que mamá se pasa todo el día sentada en el sofá, delante de la tele. Nunca más me dirigió la palabra, desde la discusión con papá. También me doy cuenta que bebe. Alcohol, quiero decir. Siempre hay una botella y un vaso en la mesita cerca del sofá. Lo sé porque lo vi: cuando el vaso queda vacío lo llena de nuevo. Y bebe de un trago. Teresa y papá me explican que está muy enferma mamá. De depresión, dicen. Tristeza. Pero si de repente se puso triste, tiene que haber un motivo, ¿O no? Yo creo que el motivo soy yo, pero papá y Teresa se empeñan en decirme que no, que no tengo yo nada que ver con el estado de ánimo de mamá. No me atreví a repetirles la frase que había oído el otro día, que no quería ella saber más de mí. No quería que mi papá supiera que había escuchado a la puerta. Por eso sé que soy yo el culpable de todo. No puede ser de otra manera. Pero ¿cómo puedo yo arreglar las cosas si no sé exactamente lo que hice? ¿Por qué no me lo dicen esos dos malditos mentirosos?

Me siento mal. Muy mal. Me gustaría contarle a Julián lo que está pasando en mi casa, pero no puedo. Papá me lo prohibió tajantemente. Nadie tiene que saber. La gente es muy mala, y vaya a saber lo que serían capaces de inventar. Me dice papá añadiendo que de todos modos, todo eso no durará. La depre es una enfermedad pasajera, y algún día me despertaré y encontraré a mamá como antes, preparándome el desayuno en la cocina, sonriendo, abrazándome. Sólo es cuestión de paciencia, y no cambiar nada en nuestros quehaceres.

Paciencia. La paciencia me parece que es como esperar mucho tiempo a una cosa que viene a paso de tortuga, sin ningún otro motivo que hacernos esperar para atribuirse un valor que tendría igual llegando a paso de guanaco. Por eso no me gusta ser paciente. No necesito esperar mucho para saber si algo tiene valor o no. Si papá me había regalado la pelota de fútbol cuando la vimos en la tienda y no me había hecho esperar hasta la llegada de los Reyes Magos, que hace rato que no creo en este cuento ridículo, hubiera disfrutado igual. Incluso más, por haber sido el primero de la clase en tener una. En enero ya había perdido mucho de su lustro la pelota, ya que por lo menos a tres otros compañeros les habían regalado una.

Además no veo bien por qué y cómo mamá podría mejorar. Pasándose así los días sentada en el sofá bebiendo y sin hablar. Si parece que le no le dan tratamiento para la depre. Me dijo papá que sí, que tenía tratamiento. Pero que tardaría bastante en dar resultados. Que teníamos que esperar, que no había nada más que hacer. Esperar. Otra vez el cuento de la paciencia. O de la tortuga. Pero

pasan los días, y no se nota ninguna mejora. Mamá sigue en el sofá. Sigue bebiendo. Sigue sin hablar.

De vez en cuando me siento a su lado, sin decir nada. Espero un momento. Pero no pasa nada. Ni me mira, ni me habla. Tampoco me rechaza, eso sí. Pero da igual. Parece que ya no existo para ella. Una vez me levanté a cambiar el programa, a ver cómo reaccionaría. Tampoco dijo nada. Se levantó, puso de nuevo el programa que estaba viendo, y se volvió a sentar. Llenó el vaso, y bebió. Nada más. No me atreví a insistir. No sirve de nada. Quizás se enfadaría, quizás me reñiría. O más aún, me pegaría. Así habría un contacto, algo. Pero no. No quiero eso. No quiero que se enfade. No quiero discutir con mi mamá. Sólo quiero que vuelva como antes. Que no esté más triste. Pero ¿cómo puedo yo lograrlo, si incluso no lo logra mi papá?

Desde hace un par de semanas, me paso los domingos con Teresa. Viene a buscarme bastante temprano, y luego me lleva a su casa. Con ella logro olvidarme del ambiente de la casa. Cocina mucho mejor que papá, y luego vamos a dar un paseo hasta el parque Centenario. Queda bastante lejos, por lo que tenemos que coger un colectivo, y luego andar diez cuadras hasta el parque. Es mucho caminar pero no me molesta, ya que a lo largo del trayecto, hablamos sin parar Teresa y yo. O mejor dicho, habla Teresa. De cualquier cosa, de su familia en Chile, del patrón de la tienda de frutas, un hombre muy amable pero que se pasa la mayoría del tiempo tomando copas en el Federal (Le pregunté a Teresa si su patrón conocía al señor Fabbri, pero no lo sabe. Es más: Teresa ni sabe quién es el señor Fabbri. ¡Si este señor se pasa también todo el día en El Federal!), del precio escandaloso de los zapatos (los zapatos parecen el único lujo que se otorga Teresa, quien por lo general va vestida como una vieja viejísima), o del bendecido aire del Pacífico en Arica, la ciudad donde nació ella.

Pasamos casi toda la tarde en el parque. Es grande, con una suerte de lago en el medio, y un islote en medio del lago. Pero no se puede bañar, y tampoco jugar con barquitos. Está prohibido. Da igual, ya que no me gusta el agua. Tampoco me gustan las islas. No nos acercamos al agua con Teresa. Vamos hasta el jardín infantil, y me deja jugar buen rato. Luego vamos hasta el puesto de comidas, y me compra galletas y una coca. Teresa es un amor. Por eso no me molesta acompañarla hasta el lugar de la feria. Nos paseamos por los distintos puestos, acá la gente viene a vender cosas viejas, cosas usadas, para ganar unas monedas. Todo queda muy barato en la feria, porque es de segunda mano, todo. Viene la gente a vender, ponen una sabana en el suelo, y sobre la sabana lo que quieren vender. Hay de todo. Vajilla, fierros, lámparas, ropa, ruedas de bici, ceniceros... Muy aburrido, pero a Teresa le parece interesar sobremanera. Se para en casi todos los puestos. A

veces pregunta por un precio, pero rara vez compra algo. No tiene mucho dinero Teresa. Las galletitas y el Coca los paga papá, lo sé porque cuando nos marchamos Teresa y yo por la mañana, le da un billete. A veces vamos hasta los puestos de libros, en la vereda, y si queda algo del billete, Teresa me regala uno. De Mafalda. Me gustan mucho los libros de Mafalda. Creo que ella vive en San Telmo como yo, no estoy del todo seguro, nunca la encontré. Pero me lo dijo Julián. Tampoco él la encontró, pero dice que una vez encontró a su papá, un tal Quino, en la calle Defensa. Pero a Julián le gusta mucho inventar mentiras, no me fío. Pregunté a Teresa, pero ella no sabe. Eso tampoco. Parece que no sabe nada de nada Teresa. Cualquier pregunta contesta que no sabe. No sabe si Mafalda vive en San Telmo, no sabe si el Señor Fabbri pasa sus días en El Federal, no sabe porque mamá está triste y bebe en vez de comer, no sabe porque mamá ya no quiere verme ni hablarme. La quiero mucho, es muy buena conmigo y con papá, muy buena con nosotros y siempre lo fue. Pero me parece algo tonta. Teresa.

Ayer cuando volvimos del parque, ya no estaba mamá en casa. Sólo estaba papá, y parecía muy cansado. Lo que más me extrañó es que al entrar nosotros, se precipitó en los brazos de Teresa, susurró algo que no llegué a entender, y rompieron los dos en lágrimas. Luego me sentaron en el sofá, en el sitio que solía ocupar mamá y donde ya no quedaba la mesita redonda ni la botella y el vaso. No quedaba nada de mamá, y eso me preocupó mucho. Me sentaron en el sofá y me hablaron muy suavemente, muy despacito. A medida que hablaba papá veía las lágrimas goteando en las mejillas de Teresa. Pero no veo ningún motivo para llorar. Todo lo contrario. Si es que la llevaron al hospital para curarla de la depre. Por fin van a cuidarla. Yo no tengo ganas de llorar. Estoy contento. Muy contento. Pronto saldrá ella, y todo volverá como antes. No pueden o más bien no quieren decir – me estoy acostumbrando a sus mentiras – cuándo mamá podrá salir del hospital. Pero da igual. En este caso sí que demostraré paciencia. Quiero que vuelva totalmente curada. Sea cual sea la duración de su ausencia.

Al final soy yo quien abraza a Teresa para consolarla.

Pasan los días, y no llego a entender porque papá y Teresa no me dan ni una noticia de mamá. Sólo para decirme palabras tan inútiles como que está mejorando, pero que los médicos necesitan tiempo para curarla. Cada día parece que necesitan más tiempo los médicos. Lo que no llego a entender tampoco, es por qué no puedo ir a verla. Dice Teresa que lo prohíben los médicos. Las visitas. Ella tampoco va a verla. Papá no sé. No me contesta cuando le pregunto. Cada vez me atrevo menos a preguntarle, porque cada vez más parece que se pone nervioso. Lo veo preocupado. Muy preocupado. Y eso me preocupa también, y mucho. Si está

mejorando la salud de mamá. La última vez que le pregunté, me riñó muy malamente. Casi me pegó. Así que no le pregunto más. Pregunto a Teresa, pero ella me contesta que no sabe, pero que de todos modos los médicos la cuidan perfecto. Y que pronto saldrá. Pero veo muy bien que a Teresa no le gusta hablar de eso. Me contesta rápido, y siempre con las mismas frases. O sea que habla para no decir nada nuevo. Nunca. Me siento solo.

Quizás podría ir yo solo hasta el hospital. Eso dije a Julián el otro día, pero en seguida él me preguntó qué hospital, y me di cuenta que no lo sabía. No sé donde internaron a mi madre. Julián cree que en el Hospital de clínicas, ya que es el más grande de Buenos Aires. Pero hay tantos otros. Pregunté a Teresa, pero otra vez no me quiso contestar de verdad. Sólo me dijo que se trataba de un hospital que quedaba muy lejos, en las afueras de la ciudad. No me quiso dar el nombre. Dijo ella que no se acordaba del nombre. No la creo. Otra vez mentiras. Me siento solo, y tan chico.

Soy chico, pero no tanto. No tanto como para no percatarme que está pasando algo. Lo sé porque desde que mamá se fue al hospital, me miran distinto en el vecindario. Me hablan distinto también. Tengo ocho años, ya no soy un bebe. Pero desde que mi mamá se fue al hospital, me hablan como si lo fuera. Incluso la señora Valle, la bruja de la calle Calvo – por eso la llamamos la calva, ya que se le ve el cuero a través del pelo – me sonríe al pasar por delante de su casa. Oigo cuchicheos. Veo a vecinos mirándome y hablando entre ellos con caras de tristeza. Incluso en el colegio. Los maestros se muestran mucho más pacientes conmigo, me hablan cuando paso el portal, lo que nunca hacían antes. Hasta el señor Carranza, el maestro de quinta, me puso la mano en la cabeza y me preguntó como andaba. Era la primera vez que me hablaba el señor Carranza, el más terrible de los maestros del colegio.

También me preguntan por mi madre los demás chicos del colegio. Pero no me creen cuando digo lo poco que sé. Pretenden que oculto la verdad. Hasta ayer vino a verme en el patio Antonio, el hermano de Julián, y me dijo que sus padres les habían explicado que si mamá había ingresado en el hospital, no se trataba tan sólo de una depre. Sino que había ingerido todo un tubo de pastillas. Al final se puso frente a mí, y me pregunto si mamá había muerto. Así. Le solté una palabrota, y le di un puñetazo en el estomago. Se ríe. Todos se rieron de mí. Hasta Julián se ríe. Ya no tengo amigos.

Ayer ocurrió algo excepcional. Un acontecimiento histórico. Casi. Vino a casa el señor Fabbri. Venía a hablar con papá. No sé de qué hablaron. Se habían encerrado en la sala. No hablaron mucho tiempo, ya que al cabo de tan sólo diez

minutos, ya salía el señor Fabbri. No le acompañaba papá. Cuando oí el señor Fabbri despedirse y cerrar la puerta, me acerqué a la sala. Papá estaba sentado en el sofá. Se parecía mucho a mamá. Lo digo porque estaba sentado frente a la tele. Pero estaba apagada. No la miraba, pero se había servido un vaso de alcohol, y bebía. Sin decir palabra. Cuando entré y empecé a hablarle, me riño. Gritó. Corrí hasta la tienda de Teresa. Y lloré. Ahora sí que estoy solo de verdad. Incluso papá me rechaza.

Mañana nos vamos. Papá encontró trabajo en Salta, una ciudad del norte. Era cierto lo que insinuaba Antonio. Papá me llevó al cementerio de la Chacarita. Bajamos en una especie de sótano, donde se amontonaban las tumbas como cajones, con placas y nombres. Vi la placa de mamá. Papá me subió en sus hombros, y yo di un beso en la piedra. En el nombre de mamá. Luego fue a despedirme de los compañeros del colegio. Estaban reunidos frente al kiosco de Lupe, en la esquina de Defensa y Chile. Julián, Antonio, Miguel, Guillermo, Lucio y Catalina. Queda bastante lejos de la casa el kiosco de Lupe, y tuve que buscarlos mucho tiempo antes de dar con ellos. Cuando me acerqué, noté que se callaban de repente. Les dije que nos íbamos papá y yo. A Salta. Pero ya lo sabían, y no me contestaron. Sólo asintieron cabeceando, sin hablar. En un principio, creí que estaban tristes porque me iba. O sea que les dije que yo también me sentía triste. Pero no. No estaban tristes. Quizás sí Julián lo estaba, pero no los otros. Porque sonrieron. Sonreían y no decían nada. Solo Julián parecía un poco triste, pero él tampoco dijo nada. No sabía qué hacer. Tenía ganas de llorar, porque todo esto no pasaba como lo había imaginado. Ya no era compañero suyo, quedaba claro. Bueno, dije. Me voy ahora, salimos a las dos. Y les di la espalda. Me dolía el estomago. Nunca me había sentido tan solo como en este momento. Nunca. Empecé a caminar hacia la calle Carlos Calvo, para volver a mi casa. En el momento en que cruzaba la calle Defensa, oí la voz de Antonio.

- ¡Che! ¿Es verdad lo que dijo el señor Fabbri a mi viejo? Que tú no eres el verdadero hijo de tus padres y que tu padre no es un héroe, sino un hijo de puta. ¿Es verdad, que tus verdaderos padres eran rojos?

Corrí, corrí lo más rápido posible hasta la casa de Teresa. Pero ella no viene con nosotros.

*(Continuará en 2005)*